

ANEXOS: Las transcripciones de los monólogos

AMPARO BARÓ

(Aplausos y silbidos) Buenas noches, buenas noches. Bueno, la verdad, esto de la jubilación a los sesenta y cinco es una putada (Risas). Sí, cuando por fin consigues echar a tus hijos de casa, pues va el Estado y te mete a tu marido (Risas). El mío se jubiló hace tres meses. Yo, al principio, eh, no sé..., me tenía muy preocupada porque se pasaba las horas en el sofá mirando a la tele como un lelo.

Eh, le decía: «Manolo, ¿qué, qué te pasa? Esto...eh ¿Te encuentras mal?». Y él: «No, mujer es, es que es el cambio, el cambio de toda la vida trabajando y, de pronto, te encuentras, así, sin hacer nada». (Risas) Y yo: «Manolo, que eras funcionario» (Aplausos y risas). «Bien, ya, pero, bueno, anda, salte un ratito a la calle, ¿quieres?». Y él: «No, no, si yo aquí con la tele me distraigo». Y yo: «¿En serio?». Y él: «Que sí, que, de verdad, que sí». Y yo: «Pues bueno, nada, pero, por lo menos enciéndela, ¿eh?». (Risas)

Pero fue peor el remedio que la enfermedad, porque se enganchó a los programas del corazón, esos en lo que están siempre los famosos desmintiendo cosas. Un día le pillé viendo el de Anne Igartiburu. Que, por cierto, estaba Dinio desmintiendo que no tuviera el graduado escolar (Risas) Sí, sí. E inmediatamente después te preguntaban esto: ¿Qué famoso cubano acaba de desmentir que no tiene el graduado escolar? (Risas) Y el muy gilipollas de mi marido: «Amparo, que me la sé, Amparo, que me la sé» (Risas y aplausos). Y yo: «Pues nada, hijo, hijo, pues llama, anda, hijo, llama, a ver si nos ganamos la faja *Vulkan*». Y ahí que le ves, todo emocionado marcando y diciéndole al contestador: «Danio, Danio» (Risas). Allí ya, le dices: «Anda hijo, pues ¿por qué no te bajas un rato al parque?». Y ahí se iba todas las mañanas, se pegaba dos horas sentado en un banco, como Forest Gump (Risas), sin hacer nada. Y claro, lo que le pasa es que no puede superar su pasado de funcionario (Risas). Vamos, que, que cuando se subía a comer les dejaba un cartelito a las palomas que decía: «Vuelvo en cinco minutos» (Risas y aplausos). Que, por cierto, por cierto, pobres palomas, pobres palomas, ¿eh? Porque como nosotros no tenemos nietos, en vez de migas de pan, les daba *Werther's Original* a ellas (Risas). Que cada día aparecen tres o cuatro palomas asfixiadas con el caramelo atravesado. Y, claro, pues, ahora ya no se atreve a bajar al parque por si le detienen. Y se pasa el día detrás de mí, por toda la casa, por toda la casa. Y si por lo menos estuviera callado, pero no, no hace más que preguntar tonterías. El otro día: «Oye, Amparo, ¿qué yo no sabía que

tuviéramos perro?» (Risas). Y yo: «Es una mopa» (Risas y aplausos). Y él: «¡Ah!». Él dice: «Ah, mopa, mopa» (Risas y aplausos). Y entonces ya ves el cielo abierto, claro, le dices: «Anda sí cariño, sal a darle un paseo a la mopa». Y él dice: «Vale, ah sí, sí y de paso te compro el pan». ¡Qué manía con el pan! ¿eh?; dicen que todos los niños vienen con un pan debajo del brazo: es mentira, los que vienen con un pan debajo del brazo son los jubilados. Y, es que, cuando se jubilan la única obsesión que tienen es ser útiles. Pero, por favor, pero ¿por qué no pueden seguir como siempre? (Risas). El otro día, el otro día le pillé intentando encender la vitrocerámica ¡con un mechero! (Risas). No, pero, él se esfuerza, ¿eh?, él se esfuerza. Porque el domingo por la mañana me dijo: «¡Amparo, Amparo, no te levantes, que te voy a preparar el desayuno!» (Silencio). Que a las cuatro de la tarde ya le dices: «Manolo, ¿puedo ir al baño?» (Risas). No, y, cuando se queda solo, lo que hace es ponerse a limpiar el espejo de la entrada con el *Nanas*. Y me dice: «Qué, ¿qué te parece?». Y yo: «Pues que te lo has *cargao*». Y dice: «Mujer, pues joder, pues te compro otro. Total, ¿cuánto vale un *Nanas*?».

La verdad es que me da pena, me da pena. El otro día le pillé llamando al trabajo: «Hola, soy Manolo, el Manolo. Hombre, sí, que, que me regalasteis una placa que ponía: 'Nunca te olvidaremos' (Risas). Mira, me entró una cosa..., que le dije: «Cariño, ¿te apetece dar una vuelta? Pues, anda, lárgate» (Risas). Y él me dice: «Pero ¿tú no te vienes conmigo?». Y yo dije: «Dios, dios, dios, dios, dios».

Porque con un jubilado ya sabes lo que te espera, ¿eh? Lo que más le apasiona a un jubilado es ir a mirar obras (Risas). Que digo yo, que, ¿por qué se van a veranear a Benidorm? Deberían irse a Irak, que ahora está todo levantado. Pero los que, de verdad, me dan pena son los obreros. Porque claro, imagínate, toda la vida en la obra, trabajando en la obra, y cuando te jubilas te tienes que dedicar a ir a mirar las obras de los demás (Risas y aplausos). Imagínate. Yo, es que, me los imagino, me los imagino allí destripándoles la obra al resto de jubilados. «Mira, mira, ahora viene lo bueno, cuando echan el hormigón... ¡Mira, guau! Bueno, y al final le ponen molduras». Y todos: «Joder, pero ¿si ya la has visto pa que vienes, tío?». ¡Ains!, yo lo único que espero, la esperanza que tengo, es que haga algún amigo en la obra y me deje un poquito en paz, porque, de verdad, es muy duro, aguantar a un jubilado. ¡Oy!, la suerte que tienen algunas porque, porque hay hombres que no se jubilan nunca. ¡Ay!, ¡qué envidia ser la mujer de algún papa!, la verdad. Buenas noches.

SANTIAGO SEGURA

(Risas y aplausos) Gracias, buenas noches. Gracias. ¡Qué ovación! ¡Qué bonito! De aquí, to pa bajo, ya, claro. (Risas) Es que me da como cosa, ¿no? Bf, ¡Cómo ponerme a trabajar, ahora, después de esto! ¿No os importa si me siento aquí un rato y habláis entre vosotros? (Risas). Ya, claro, que habéis *pagao*. Bueno, eh, os cuento, es que, eh, desde hace unos días tengo unas terribles ganas de jubilarme. Me levanté y me dije: «Joder, ¡qué ganas tengo de jubilarme!». Creo que fue el jueves, de hace 25 años (Risas). Lo recuerdo bien porque, eh, fue el día que comencé a trabajar. Yo, es que siempre he tenido muy claro lo que quería ser en la vida: jubilado español (Risas). Mi objetivo siempre ha sido la jubilación. Lo del cine, la tele, lo hago porque las drogas y las fiestas avejentan mucho y digo, ¡a ver si así me la dan antes! No, pero, vosotros pensadlo bien, la jubilación es cojonuda, es el momento de vengarte de todo lo que te han estado puteando durante los últimos 40 años. Sí, porque no puede ser casualidad, que todos los españoles se pasen la vida llegando media hora, eh, veinte minutos, tarde al trabajo, pero cuando se jubilan son los primeros en levantarse y llegar al banco, al supermercado, a la farmacia, que a lo mejor hasta trabajaban allí algunos de esos cabrones. Lo hacen para chotearse de los que están ahí pringando. Los jubilados entran al banco, a nada, a poner al día la libreta. Que, sí, que llegan y dicen: «Chts, me pone al día la libreta». Y dice: «Pero, ¡Tomás, vino usted ayer!». «Claro, ayer, y hoy es hoy. ¡Que me la pongas al día! ¡Hasta mañana!» (Risas y aplausos).

También os digo que es normal, porque una vez que has dejado de currar, ¿qué vas a hacer? Pues ver currar a los demás y poner pegas. Por eso van a ver las obras, ¿eh?, modo *jubiletor*. Se van ahí *pa lante*: gesto de desaprobación, y hacer comentarios: «¡Ts, esa hormigonera que va *pasá* de vueltas!», «¡Sin remaches, eso no tiene futuro si no pones remaches!». Cosas así, que dices, pero vamos a ver, este hombre probablemente, eh, lo que había sido antes es Vedel, pero se pone delante de la obra y es Norman Foster, de repente (Risas y aplausos). No, no, acojonante, y luego, lo peor, lo peor es, (Aplausos) ese, ese, digo, que podía haber sido Vedel, o yo qué sé, taxista; pero si has sido funcionario, ni te cuento, porque 40 años cogiéndose todas las fiestas, cuando se jubila sabe más de puentes que Calatrava, así que va, va, va a todas las obras ahí a dar... (Aplausos)

Bueno, el caso, yo creo que por eso es por lo que madrigan tanto, o sea, porque tienen que estar ahí cuando los currantes abren los negocios, y restregarles que ellos se van al

bar. Madrugar hasta los domingos. ¿Alguna vez habéis visto algún jubilado que se levante a las doce? ¿A qué no? A las doce se levantan sus nietos, eso cuando tienen clase. Es más, si un jubilado sigue en la cama a las 10 de la mañana, llama a un forense que igual no está durmiendo.

Los jubilados madrugaran mucho porque tienen clarísimo que hay que aprovechar bien el día, bueno, ¡y vaya si lo aprovechan! Hacen lo más bonito que pueden hacer en esta vida, llegar a todo antes que tú. Te vas de vacaciones a un hotel, bajas al buffet, al desayuno ese continental que ponen ahí de todo. Bueno, pues está lleno de jubilados. O sea, te tienes que ir a tomar un café a la gasolinera de al lado. Tú te vas una mañana a coger setas, por ejemplo, y llegas y, y, ya han estado ellos, solo quedan las boñigas de cabra, y de hecho si llegas un poco tarde, no quedan boñigas de cabra pa coger. O en la piscina cubierta, ¿cómo es posible que, llegues a la hora que llegues, haya siempre un jubilado nadando en tu calle? Yo creo que duermen en el fondo, como los tiburones (Risas y aplausos).

Luego, luego amigos, pasa lo que pasa, que madrugaran tanto que se duermen en cualquier parte y a cualquier hora, se duermen hasta conduciendo. Dicen que por eso conducen tan mal, pero, vamos, bastante bien conducen, creo yo, para ir con los ojos cerrados. Hacen bien porque, además, los jubilados madrugaran porque pueden, porque luego tienen todo el día pa recuperar el sueño. Un jubilado sano puede dormir, no sé, diez o doce veces de media al cabo del día. Bueno, luego a parte su siesta sagrada de dos horas, eh, un par de cabezadas cenando, que se quedan, así, medio, medio traspuestos, y a las nueve se van a la cama porque dicen que «si no cojo el primer sueño, me desvelo». Sí, sí... No, lo habéis oído bien, el primer sueño. Por eso cuando vas a soñar cualquier cosa, ellos ya están ahí (Risas y aplausos). Ya, pero, es, es verdad, os digo, que, por eso, quiero yo jubilarme, porque la jubilación está llena de ventajas. O sea, eh, después de tantos años siendo un desgraciado tienes tiempo para las cosas importantes. Y, ¿qué hay más importante que tu salud? Nada. Por eso los jubilados van al médico, como poco, dos veces a la semana. Que yo no sé cómo les da tiempo a ponerse enfermos entre una visita y la siguiente. Y da igual que tengan hora a las diez, que a las ocho ya están esperando; ya os digo, los primeros siempre. Llegan antes que los que sacan sangre. El otro día inauguran un centro de salud en mi barrio, y cuando el concejal cortó la tira y abrieron la puerta ya había dos señoras esperando (Risas y aplausos). No, no, una de dos, o los jubilados van al médico de empalmada, eh, o acampan ahí como las fans de One Direction, ¿sabes? es que, si no, no tiene, no es compresible.

Ahora, por lo que más ganas tengo de jubilarme es para poder jugar a la petanca. Porque antes de jubilarse no se puede, vamos, que se puede; pero un joven jugando a la petanca es como un tío haciendo patinaje artístico, puede hacerlo, pero le quedan raras las bolas (Risas y aplausos). La petanca, amigos, es el sueño de mi vida, sí, la petanca, digo que es el sueño de mi vida, porque está hecho a mi medida; vamos, es un deporte para gente como yo. Consiste en juntarse con otros jubilados, eh, mirar a las tías que pasan, y tirar una bola de metal cada media hora al suelo. Luego ni te agachas a por ellas porque tienes un imán con una cuerda y la pescas como en la feria. Y es un deporte tan bien pensado que puedes hacerlo mientras te tomas un cigarrillo. Vamos, ¿cómo será que hasta Mario Vaquerizo puede jugar a la petanca? Eso de los jubilados... (Aplausos y risas) Gracias amigos. Ves, otra ventaja de jubilarse, no tienes que aplaudir ni nada, o sea, estás ahí mirando, como diciendo «maldita la gracia que tiene». Y también me gusta mucho, no sé si os habréis dado cuenta, los uniformes. El uniforme de jubilado me encanta, es muy bonito. No sé si se han puesto de acuerdo o es casual, pero van todos como uniformados. Eh, llevan siempre la rebequita, por si refresca; además, es una cosa..., es una prenda de un color indeterminado, está entre el burdeos y la suciedad, eh; es una cosa así. También tienen la otra variante, que es el crema, hueso o mancha de café con leche, es la otra rebeca. Luego esas zapatillas de felpa de andar por casa, o de andar por cualquier sitio, el caso es ir cómodo. La gorrilla por si hay relente. Y los pantalones de tergal, que el tergal es un poco como el jubilado de los materiales acrílicos. Así que, amigos, estoy contando los días que me faltan para jubilarme y dedicarme, por fin, a hacer lo que me gusta, que es tocarme las narices e ir por la calle con la bragueta abierta. Muchas gracias, amigos. Gracias. Hasta luego.